

MARIA GIULIA BERNARDINI

# Judith Butler

Traducción de  
Beatriz Gómez-Miedes

**Maria Giulia Bernardini** es investigadora en Filosofía del Derecho en la Universidad de Ferrara.

## NOTA DE LOS EDITORES

¿Cómo y hasta qué punto han contribuido las mujeres a conformar el pensamiento político? Quien busque la respuesta a esta pregunta en los manuales universitarios quedará perplejo: aparte de en contadas excepciones, es muy difícil encontrar nombres femeninos en los textos que recorren la historia del pensamiento político moderno y contemporáneo. Una ausencia aún más llamativa si tenemos en cuenta el gran número de trabajos especializados hoy disponible, dedicados a figuras relevantes, en particular a las mujeres que, desafiando el tradicional monopolio masculino, supieron hacerse notar en los ambientes socio-culturales y en los sectores profesionales —desde la ciencia a la política, del deporte al mundo empresarial— de los que por tanto tiempo fueron excluidas a causa de los prejuicios.

De la constatación de esta ausencia, que testimonia un retraso no exento de culpa, nace la idea de esta

colección: una serie de estudios dedicados a pensadoras y teóricas de la política, redactados de manera depurada y eficaz, fruto de recientes investigaciones confiadas a estudiosas y estudiosos de la disciplina. De esta manera se bosqueja una primera panorámica de la fundamental contribución femenina al desarrollo teórico y conceptual, a la deconstrucción y resignificación de los grandes temas que atraviesan «lo político». Un trabajo que aproxima, aunque no siempre coincide, a la historia del pensamiento feminista, de la perspectiva de género y de la emancipación de la mujer, y que permite formar un enfoque novedoso, quizás solo por desconocido, de la instauración de la «modernidad política» que —bajo la mirada de estas pensadoras— se muestra todavía más condicionada por una miríada de aporías.

*Cristina Cassina,  
Giuseppe Sciara,  
Federico Trocini*

**I. Quería ser  
o bien filósofa,  
o bien payasa**

Judith Pamela Butler nace en Cleveland, Ohio, el 24 de febrero de 1956, en el seno de una familia ruso-húngara de origen judío con un arraigado interés por la política, campo en el que se destacará por implicarse activamente. De su padre, dentista, no se tiene mucha información; se sabe que frecuentó el judaísmo reformista desde la infancia y que trabajó en las filas del personal médico del ejército durante la guerra de Corea. Su prometida de entonces le había regalado *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, uno de los primeros textos que consultó Judith en la adolescencia, como ella recuerda en *Undoing Gender*<sup>1</sup>

1 Los títulos, abreviados, de los escritos de Judith Butler a los que se hace referencia en el texto aparecen en el idioma original. Las citas proceden de las ediciones originales. Los textos citados aparecen listados íntegramente en la bibliografía al final del volumen. (*Nota de la Autora*).

[p. 237], donde explica sus primeros encuentros con la filosofía.

La madre de Judith, que se había formado en el seno del judaísmo ortodoxo antes de pasar al conservador y acabar en el reformista, formaba parte de una familia que gestionaba algunos cines de Cleveland. Buena parte de la familia había sido aniquilada en Hungría a principios de la década de los cuarenta. El trauma familiar, pues, marca desde la infancia la vida de Butler, obligada a convivir con el recuerdo y la herencia del Holocausto. Pese a alejarse más tarde del sionismo, la rabia por la injusticia sufrida no la abandonará ni siquiera de adulta.

Pertenecían a la madre otros dos libros fundamentales para el comienzo de la carrera intelectual de Butler: la *Ética* de Spinoza y *O lo uno o lo otro* de Kierkegaard. Son libros que la madre había comprado a principios de los años cincuenta y que, quizá, leyó cuando asistió a algunos cursos universitarios. O, al menos, esta es la hipótesis de Butler cuando se detiene a estudiar los primeros pasos de su «radicalmente alternativo, autodidacta y precoz» interés por la filosofía [*ibidem*, 236].

Para Judith, el descubrimiento de aquellos textos en las estanterías polvorientas del sótano de casa es como una revelación o, quizá, la concretización de una intuición expresada solo unos pocos años atrás. Cuando

tenía doce años la entrevistó un doctorando en Pedagogía y le preguntó qué quería ser de mayor; a la pregunta respondió que le gustaría ser «o bien filósofa, o bien payasa». La alternativa, en apariencia muy radical, se debe a que Butler no sabía muy bien si podría llegar a emprender la primera opción. De hecho, dependía mucho de la posibilidad de encontrar un mundo por el cual valiese realmente la pena filosofar, además del precio que costaba la seriedad [*ibidem*, 234].

Se trata de una alternativa decididamente interesante si se piensa en los hilos con los que tejerá sus reflexiones posteriores. Como es sabido, para desesperación de la madre, que habría querido que Judith estudiara Derecho, Butler elige ser filósofa. A partir de los años noventa se convierte en una de las intelectuales más conocidas del panorama mundial, lo que lleva a la filósofa italiana Adriana Cavarero, con la que trabajará conjuntamente en el tema de la vulnerabilidad, a destacar en el prefacio de *Bodies That Matter* la «aureola de celebridad casi mítica» que tiene Butler [Cavarero 2023:6].

Ya adulta, Butler no parece haber renunciado a las dos alternativas laborales que había imaginado a los doce años; al contrario, parece encontrar la manera de unir ambos polos. Su filosofía, que está cosida con doble hilo al tejido de la vida y que emana de esta, no deja de lado la parodia, el escondimiento de los

cuerpos y el teatro, de tal manera que incluso llegan a tener un papel importante en el cuestionamiento de lo existente y en lo relacionado con su transformación; este afán transformador, que se vuelve también (sobre todo) actividad política, estará cada vez más presente en sus escritos.

Por un lado, es cierto que con el paso del tiempo Butler aceptará —a regañadientes— la posibilidad de que la teoría filosófica pueda quedar a veces desligada de la vida y, como tal, pueda incluso no aliviar las dificultades vitales o marcar el camino a seguir. Con todo, en su reflexión, la relación de la filosofía con los dilemas existenciales y políticos será siempre muy estrecha, casi imposible de evitar.

Habrà tiempo para profundizar en cómo, partiendo del propio sufrimiento y del de las personas cercanas, Butler llega a ampliar progresivamente el punto de vista y a indagar las diferentes condiciones en las que son posibles y vivibles las vidas. Para ella, por lo demás, las reivindicaciones políticas (y sirve también para las batallas de carácter teórico) se llevan a cabo por razones más importantes que nosotros mismos [*Undoing Gender*, 16].

Volvamos ahora a la imagen que nos presenta a Butler refugiada en el sótano de la casa de Cleveland: los libros de filosofía de Spinoza, Schopenhauer y Kierkegaard suponen un refugio para una

adolescente inquieta, hosca, abatida, que intenta escapar de una situación familiar dolorosa y que no consigue encontrar sosiego en la música. La joven Butler de catorce años se ha encerrado con llave en el sótano, fuma angustiada mientras intenta comprender algo más acerca de su naturaleza y sobre la razón de ser de sus intenciones. El de Spinoza, en concreto, es el primer libro en el que se centra, al que sus ojos dirigen la mirada entre el humo del tabaco y el olor a cerrado.

Spinoza es, pues, el filósofo que suscita en Butler el deseo de leer filosofía. Su pensamiento parece ofrecerle una esperanza, pues indica una forma de vitalismo que persiste incluso en la desesperación de quien quisiera vivir en un mundo en el que se reconozca el valor de la propia vida y de la ajena. En verdad, lo que promueve el interés de Butler por el filósofo judío excomulgado por la sinagoga (punto sobre el que Butler, que evidentemente nunca se echó atrás a la hora de hacer preguntas incómodas, pide con insistencia aclaraciones al rabino de la sinagoga a la que asiste) fue la atención que dedicó Spinoza, uno de los primeros en hacerlo, a un aspecto destinado a ser fundamental en las reflexiones butlerianas. Como reconoce en algunas páginas de la época más madura de su itinerario biográfico e intelectual, Judith se entrega a Spinoza porque ve

en él al primer filósofo que, dedicado a estudiar el deseo de vivir, pone las bases para la construcción de las teorías del reconocimiento y se concentra en el interés del ser humano por perseverar en su propio ser sobre la base del principio de autoconservación [*Giving an Account of Oneself*, 44].

Se trata de aspectos que son fundamentales para Butler, como se ve de manera evidente si se observa su intensa producción literaria. Es fácil, de hecho, descubrir que en sus reflexiones aparece constantemente la pregunta relativa a la posibilidad de vivir incluso aunque se desee hacerlo «de una determinada manera», no de acuerdo con las normas, indecible, «forcluido». Butler adopta esta expresión de la psicología lacaniana para designar el luto por lo que nunca se ha vivido realmente, como los afectos y los argumentos homosexuales, hechos imposibles e invivibles por el orden social heteronormativo [Bernini y Andreani 2009:140]. Precisamente, de la cuestión relativa al deseo negado emana la crítica a lo heteronormativo, que encierra *in nuce* la posibilidad del deseo como objeto. Profundizaremos en este aspecto e intentaremos explicarlo más detalladamente cuando estudiemos la controvertida posición de Butler en las cuestiones de género.

Volvamos a la imagen que hemos evocado antes, la de la adolescente desesperada que se ve en el sótano

con la única compañía de los libros. La imagen nos permite, de hecho, entender más detalles de Butler como persona, además de sobre su forma de filosofar. Es difícil resistir la tentación de analizar, al menos en parte, la compleja situación familiar y la angustia existencial típicas de la adolescencia, que la filósofa evoca cuando narra el episodio al final de *Undoing Gender*, y relacionarlas con el periodo del descubrimiento de su homosexualidad. Se trata, además, de un descubrimiento que a los dieciséis años la llevará a un «tempestuoso *coming out*», como cuenta en otro de sus textos de culto, *Gender Trouble* [p. XIX].

En su condición de judía que vive en una familia que desea constantemente ser aceptada por la sociedad americana tras alinearse con los estándares de dicha sociedad, y que entrevé en las normas de género tal posibilidad, Judith se da cuenta de que no es como se le exige que sea, por lo que no puede sino sufrir. No obstante, son los años de asentamiento del movimiento de liberación homosexual moderno —los disturbios de Stonewall tienen lugar la noche del 27 al 28 de junio de 1969, fecha que se convertirá en simbólica para lo que hoy es el movimiento LGBTQ+—, por lo que Butler vive en un contexto en el que aún no existe un movimiento propiamente dicho en defensa de los derechos de las personas homosexuales, no existe una comunidad gay o lesbiana, ni mucho

menos parece que los medios de información locales dediquen atención a la cuestión.

Del relato que Butler hace de aquellos años se percibe, en definitiva, la enorme distancia que la separaba de la profunda transformación social y política que se estaba produciendo en Estados Unidos. Como queda patente, se trata de una transformación también en el plano artístico y cultural, con un movimiento *underground* que empieza a tener una gran visibilidad. Basta con recordar el primer disco de The Velvet Underground & Nico, fechado el 12 de marzo de 1967, y la funda firmada por Andy Warhol con el alusivo plátano. La dureza de las letras de las canciones y las explícitas referencias con las que fueron afrontados algunos temas parecen expresión de una difundida necesidad de cambio, y son un claro ejemplo de contaminación entre los géneros. Subversión del orden establecido, tematización de la sexualidad, poder de la imagen, fluidez y mezcla de lenguajes, son temas que, al poco, tendrán una importancia fundamental también en las reflexiones de Butler.

Sin embargo, como hemos visto, durante la adolescencia Judith parece vivir en otro contexto muy diferente que provoca en ella una sensación de profundo aislamiento. Al recordar aquellos años, afirma que hasta el momento del «descubrimiento» ni siquiera se

preguntó si era homosexual o heterosexual. Es más, llegó incluso a eliminar de su vocabulario la palabra «homosexual», que para ella —como para muchas otras personas entonces— era únicamente un término médico con connotaciones patológicas, una especie de enfermedad. Mucho menos se detuvo en la posibilidad de reconocerse lesbiana, otra palabra que evocaba una imagen terrible y con la que Judith no quería ser asociada de ninguna manera. Además, a los catorce años no conocía a ninguna chica lesbiana. Quizá pudiera tener como referencia a la poetisa Safo, que había leído en la escuela, una figura demasiado lejana para poder aprender algo de una realidad tan misteriosa y con connotaciones que a Butler le parecían inquietantes.

Por eso, Butler se asusta cuando su orientación sexual se le hace más clara. El momento es triste y angustioso, la palabra «homosexual» le da miedo. Antes no se había «pensado» de esta manera, y ahora no comprende exactamente qué puede significar tal palabra; si la define como persona o, más bien, si es el nombre con el que se definen sus sensaciones o sus pasiones. Además, hay otro elemento que la angustia, quizá el más importante: el del estigma social. ¿Cómo condicionará su destino la «marca» de la homosexualidad? ¿Se trata quizá de una condena inevitable a la exclusión social? ¿Qué debe hacer al

respecto? [Zadjermann 2006]. Si estos son los grandes interrogantes que atormentan a la Butler adolescente, se esclarece aún más el porqué de la atracción que le suscita un pensador como Spinoza, que toma como fundamental el deseo de vivir y pone las bases para una teoría del reconocimiento en la que cada cual pueda perseverar en su propio ser.

En definitiva, la Butler adolescente parece no encontrar su sitio, una sensación que no la abandonará con el paso del tiempo. En 2006, en el *film profile* de Paule Zadjermann, insistió en que no lo había encontrado: «*I've never found the place*».

Por lo demás, el sitio de la adolescente Judith no parece tampoco la escuela judía. Asiste en ella a clases centradas en los dilemas éticos que preocupan directamente al colectivo hebreo y que a menudo se detienen en los campos de exterminio. Como hemos visto, se trata de una experiencia que Judith vivió muy de cerca, no solo porque tenía raíces judías, sino también porque algunos miembros de su familia fueron víctimas del Holocausto. Como tal, esta experiencia la marca profundamente, pero no es suficiente para aplacar la insatisfacción que le provoca el ambiente escolar, en el que es evidente que no encuentra las respuestas que busca. La consideran no especialmente brillante, demasiado locuaz y descarada, por lo que tiene problemas de disciplina.

A los once años, el director de la escuela pide hablar con la madre, a quien le anuncia un futuro de delincuente para la hija. Por culpa de su carácter inquieto, Judith se ve obligada a asistir a clases particulares con el rabino de la sinagoga. En realidad, no se trata de un castigo en toda regla: ella lo adora, tanto que a veces abandona la escuela para asistir a los sermones. El presunto castigo se convierte en la oportunidad para hacerle al rabino una serie de preguntas, que van desde las razones por las que se excomulgó a Spinoza hasta la relación entre la filosofía alemana y el ascenso del nazismo, pasando por la teología existencial.

Más allá de la especificidad de los temas que preocupan a Butler y que desvelan una curiosidad y una profundidad poco comunes en una adolescente, el aspecto relevante de este segundo sendero es la dimensión colectiva de la reflexión ética, a la que empieza a prestar una atención especial, y que la lleva a encontrarse con la filosofía y convertirla en su profesión. Tras licenciarse en Filosofía en Yale en 1978 y doctorarse, en la misma universidad, en 1984 con una tesis sobre Hegel, Butler dará clases primero en la Universidad George Washington y en la John Hopkins después, para acabar en Berkeley en 1993, donde aún es profesora y dirige el programa de teoría crítica.